

tentes a fuerza de billetitos de banco, porque "hay que darle humor a la vida", hasta madres que esconden las notas del chico para que no las vea el progenitor de la casa, "ya que el pobre tiene tantos quebraderos de cabeza allá en la oficina"... Por lo demás, el chico irá el domingo al fútbol y al cine para que "no se note", aunque el pobre lleve una cara de recluta delincuente porque al fin y al cabo, lleva por dentro la tragedia de su pantomima y aún no es tan consumado actor como su encantadora madrecita.

No, Gomis. Esta familia —a la que llamaremos González para entendernos— no debe sentir esas tremendas perplejidades ante la aventura de elegir colegio. Y la actitud de esta familia es tan frecuente en nuestra querida patria como el apellido con que la hemos bautizado: González, eso es. ¡Ah! Y póngame en el apartado número 7.

Julio Osorio, S. J.

SUPPLEMENT DE LUMEN VITAE

Vol. XII, 1957, n.3. Le catéchuménat, oeuvre d'Eglise.

Un toque de atención a nuestra vida de cristianos ha dado el tercer suplemento de la revista LUMEN VITAE: Aborda el tema del catecumenado. Jules Gerard-Libois, en su cuidada introducción, ha desdoblado el interés de su estudio al aclarar ideas sobre la instrucción de los catecúmenos, al paso que nos hace reflexionar seriamente en nuestra misión de miembros de la Iglesia.

"El problema institucional del catecumenado no debía hacernos olvidar el problema de su contenido (...) No es solamente instrucción. Es igualmente una vida comunitaria en un clima cristiano, iniciación vital a la Liturgia y a la Escritura, una educación de la fe, de la esperanza y de la caridad (...) Que advierta sus responsabilidades de testigo y miembro de una Iglesia Jerárquica y Apostólica (...) Inquietud de verdad. Respeto a la persona y al Espíritu de Dios que obra en las almas. Todo esto exige se dé primacía al ser sobre el parecer, a la vida interior sobre las exterioridades (...)"

Un poco nos ha temblado la mano mientras transcribíamos estas líneas. Se habla para los catecúmenos, y ¿no tendríamos que hacernos estas reflexiones los que desde siempre hemos pertenecido a la Iglesia? Cita LUMEN VITAE una encuesta que achaca la no perseverancia de muchos convertidos al no haber encontrado una *comunidad cristiana* que los reciba. Convendría profundizar hasta hacer pie en el sustantivo y en el adjetivo: porque es fácil plantearse el problema, vislumbrar una solución y despreocuparla por manida. Tal sería, si quisiéramos volver a un cristianismo primitivo (cuando unas exigencias sociales pedían una marcada unidad en sus miembros). Y no es que cerremos los ojos a sus ventajas, pero nuestra vida de intereses (sociales, económicos, políticos, familiares, culturales) nos aleja sin más, aunque, tal vez, un sincero examen rectificase muchas de nuestras posiciones. Pero la vida es la vida: con esto nos encontramos, con ello hemos de vivir.

Más importancia tiene cuidar esa vida comunitaria en su espíritu: "Que el ser domine al parecer, la vida interior sobre las exterioridades". Lo que se pide a quienes entran en la Iglesia debe ser una exigencia para

cuantos están ya en ella : una doctrina que tiene por base una ley de caridad, y esa serie de adjetivos con que San Pablo califica a la virtud por excelencia : "no se pavonea, no hace daño, no es ambiciosa, es desprendida..." que no quiere decir sino que toda virtud de no ir alentada por el amor es virtud escasa. Esto pide el infiel y el catecúmeno al cristiano ; de ello, con la mano en el pecho, se ha de pedir cuenta el cristiano... Primero en bloque, descendiendo después a esa serie de situaciones concretas y circunstancias conocidas : nuestra familia y nuestra casa, nuestro trabajo y nuestras responsabilidades, nuestras relaciones con Dios y nuestra correspondencia a las gracias divinas. Hasta lograr crear un estilo de vida : el del hombre de fe, de esperanza y de caridad de que habla LUMEN VITAE. Densas son las expresiones del Suplemento de L. V. y fácil la conclusión que de ellas puede brotar. Por fácil, no nos detenemos más. Si insistimos en que es un deber de caridad y de justicia cristianas estar preparados a esa instrucción del ejemplo : Por los que se acercan a nuestra fe y por cuantos se nos pueden acercar en su día. Y por nosotros mismos : aclarando los designios que Dios tiene sobre nuestras vidas, poniendo por nuestra parte un esfuerzo porque se realicen (¿No sería bueno un examen de nuestra calidad de miembro de una Iglesia Jerárquica? Y considerar el ejemplo que debemos para los que se nos acercan, y la obligación sin más que recae sobre nosotros : obediencia, sumisión, cooperación... Asimismo, pensar en el respeto que debemos a la obra de Dios en las almas : la nuestra y la del prójimo. Ello nos obligaría a todos a ser consecuentes, a los padres a respetar las inclinaciones de los hijos en orden a su porvenir, a considerar la conciencia ajena como un campo vedado para ciertas acciones... etc.).

Evidentemente, todo es cuestión de esfuerzo, de trabajo propio, de no dejarse llevar. Más claro, de ir viviendo de verdad cristianamente. (Todos sabemos en nuestros momentos de sinceridad lo que nos pide Dios y lo que no le damos, y, en consecuencia, nuestra cercanía o lejanía de Dios). Esa vida cristiana nos daría el sello del ejemplo que esperan ver los catecúmenos en nuestras frentes. Y pensemos que catecúmenos en nuestros días pueden ser tantos.

Carlos G. Hirschfeld, S. J.

